Globethics Repository

Globethics

Cultura y discriminación social en la época de la globalización [Culture and social discrimination in the age of globalization]

This page was generated automatically upon download from the Globethics Repository. More information on Globethics see https://www.globethics.net. Data and content policy of Globethics Repository see https://repository.globethics.net/pages/policy.

Item Type	Article
Authors	Margulis, Mario
Publisher	Fundación Friedrich Ebert (FES)
Rights	Creative Commons Copyright (CC 2.5)
Download date	2026-11-07 10:27:51
Link to Item	http://hdl.handle.net/20.500.12424/219389

Nueva Sociedad Nro. 152 Noviembre-Diciembre 1997, pp. 37-52

Cultura y discriminación social en la época de la globalización

Mario Margulis

Mario Margulis: investigador del Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

Palabras clave: globalización, migración, racismo, Argentina.

Entre los procesos sociales y culturales que caracterizan al momento actual, es importante destacar la fuerte conflictividad en el plano nacional y étnico, el recrudecimiento de formas de discriminación, prejuicio y exclusión, fenómenos que no son nuevos pero que adoptan en la actualidad modalidades particulares. En el caso de la Argentina, la combinación y sucesión de corrientes migratorias tiene relevancia para comprender su dinámica cultural y las modalidades puestas en evidencia en los sucesivos procesos discriminatorios.

Habría que considerar con prudencia la palabra «globalización» en tanto categoría de modalidades discursivas de un dispositivo massmediático que contribuye a deshistorizar los acontecimientos mundiales, proponiéndonos un mundo global cuyas asimetrías, contradicciones y desigualdades aparecen naturalizadas ante la velocidad de la información y la presunta racionalidad de los mercados. La idea de ***global*** tiende a crear la ilusión de un mundo equilibrado y equidistante, en el que se desarrollan en interacción creciente intercambios de todo tipo: mensajes, dinero, influencias culturales, mercancías: un planeta «mondo y lirondo» en el que se distribuyen en forma equitativa y homogénea los actores económicos y sociales, emisores y receptores, productores y consumidores. Sin embargo, a poco que se analice, se tornan notorias las contradicciones, desigualdades y asimetrías: la direccionalidad e intensidad de intercambios permiten apreciar polaridades espaciales y económicas, que concentran el poder de decisión en el plano económico, político e informativo. En el mundo actual, a la concentración de poder económico, desarrollo tecnológico y fuerza bélica, corresponden localizaciones territoriales y políticas: estas concentraciones del poder pueden referirse al plano nacional (Japón, Estados Unidos, Unión Europea), a algunas ciudades (Nueva York, Londres, Tokio)[1], o a las empresas multinacionales más importantes que dominan en el ámbito de la innovación tecnológica, en el plano financiero o en la producción y suministro de energía. También están

[1] Cf. Saskia Sassen: ***The Global City***, Princeton University Press, Nueva Jersey, 1991.

desigualmente distribuidos el control de las comunicaciones, la capacidad de emitir y recibir mensajes y el poder institucional en el plano de lo simbólico.

Los procesos de internacionalización tienen una larga historia: desde la«economía mundo» de Wallerstein, que se remonta a la expansión europea del siglo XV, las economías se han interrelacionado progresivamente, siendo inherente al modo de producción capitalista su carácter expansivo e internacional. La base de la etapa actual de la llamada globalización reposa, sobre todo, en el auge del capital financiero y en el carácter crecientemente trasnacionalizado de sus transacciones. Ello se vincula con el desarrollo informático y comunicacional que otorga peculiar agilidad y ligereza al traslado de la información, prácticamente paralela al movimiento de los capitales y, sin duda, con la generalización del modelo neoliberal, que impone a los mercados de todos los continentes, en especial a los mercados financieros, los mismos lenguajes y las mismas normas.

En el neo-lenguaje de la globalización, sin duda derivado de la hegemonía de las finanzas, los países que antaño se conocían como del Tercer Mundo, periféricos o simplemente subdesarrollados, ahora adquieren -cuando se desempeñan bien la nueva condición de «mercados emergentes» noción que indica la posibilidad de obtener beneficios a través de rápidas entradas y salidas abiertas a los capitales «volátiles» al calor de las etapas y peripecias de las privatizaciones, ajustes y flexibilizaciones que componen el catecismo universal de esta etapa de expansión del capitalismo a escala mundial. En la Argentina somos un ***mercado emergente***, condición compartida con Brasil, Venezuela, los «tigres» asiáticos, Rusia, Polonia y muchos otros países, indicando que la ***babel*** de idiomas y culturas, de costumbres, sistemas políticos, historias pasadas y recientes, ha claudicado –por lo menos en lo que atañe al ámbito del dinero– en las puertas de las bolsas de comercio y de las grandes casas bancarias.

1. Nuestro tema es la cultura, no la economía ni las finanzas; sin embargo parece evidente que vastas esferas del mundo cultural –los sistemas de signos, las costumbres, las formas estéticas, la velocidad, el tiempo, los objetos que deseamos, y aun la materia misma de nuestros deseos y de nuestros pensamientos– están fuertemente influidos por la dinámica que adquieren los procesos económicos a escala mundial, vehiculizados por los mercados que responden a su vez a acuerdos políticos y financieros de orden supranacional, a la articulación de los países en grandes bloques comerciales, a la imposición de signos universales que todos entienden y de sistemas de comunicación instantáneos que llevan el mundo entero al interior de los hogares, propiciando modalidades de consumo que atraviesan el globo y desafían la diversidad de los lenguajes.

El consumo avanza sobre la cultura, más aún, se inserta en ella. Cada nuevo producto coloniza un espacio semiológico, se legitima en un mundo de sentidos

y de signos, arraiga en un ***humus*** cultural. El intercambio de productos, la mundialización de algunos bienes o servicios, como la Coca Cola, las comidas «rápidas» el automóvil o los servicios bancarios, requieren también, previamente, sistemas de percepción y apreciación compartidos, códigos comunes, una cierta estandarización en los signos, valores y ritmos. Todo nuevo producto –Y más un bien producido por una empresa mundial para su consumo en ámbitos diversos– coloniza un territorio cultural, influye sobre las costumbres, los hábitos, los gustos y valores, requiere un capital cultural para su uso y, con frecuencia, inicia una cadena de nuevos lenguajes.

Insistiremos en el tema del efecto cultural de los consumos, en los requisitos semiológicos vinculados con la incorporación de un nuevo producto –bien o servicio– en el proceso de colonización de mercados lejanos. Lo local se articula con lo global, entran muchas veces en confrontación pero también se integran. Lo global no destruye lo local; a veces, como productor de diversidad, lo intensifica, ratifica las identidades que son relacionales y se nutren de la otredad. A título de hipótesis podríamos pensar que existen en cada sociedad códigos culturales superpuestos, tramas de sentido que tienen diferente alcance espacial: desde los códigos particulares que sólo afectan a pequeños grupos –tribus que comparten contraseñas identificatorias–, códigos más amplios que abarcan zonas urbanas o regiones que participan de un mismo lenguaje, memoria, costumbres, valores, creencias y tradiciones y, por último, ámbitos de lo cultural vinculados con la irrupción de la globalidad en el plano local, dentro de la esfera de consumos de productos de todo orden –incluidos los massmediáticos– que requieren de competencias especiales y que originan formas locales de metabolismo y aplicación de los códigos, significados, valores y ritmos implícitos en los productos. Y estas tramas culturales superpuestas están en constante intercambio y transformación, sumidas en procesos de cambio y en luchas por la constitución e imposición de sentidos que, por supuesto, no están desvinculadas de las pujas y conflictos que arraigan en la dinámica social.

Asimismo, se suele destacar que el incremento de los procesos de migración internacional determina la continuidad de culturas nacionales localizadas fuera del territorio de origen. Lógicamente, estas poblaciones emigradas entran en un proceso de evolución diferente respecto de aquellas que permanecen localizadas en el territorio original. No está demás mencionar que los procesos de desregularización, recomendados por la avanzada neoliberal, suponen, entre otras cosas, eliminar trabas para la circulación de mercancías y capitales, pero no incluyen ni propician la equivalente libre circulación de personas en tanto fuerza de trabajo.

Entre los efectos producidos por el auge de los modelos neoliberales se impone en la vida cotidiana el avance del desempleo, la pobreza y la inestabilidad laboral. La actual etapa de acumulación capitalista, cuyas condiciones técnicas, financieras e ideológicas dan lugar a la aceleración de la

globalización, acarrean, aun en los países más avanzados, una profunda crisis en el sector asalariado: aumento del desempleo, limitaciones en la seguridad social, avance en la desprotección, pobreza y exclusión.

La estabilidad laboral ha sido durante muchos años, en los países más industrializados, la base de la inserción social, el soporte de los lazos sociales y de un sistema de representaciones y de prácticas integrado en los códigos culturales que regían la vida cotidiana. La crisis en la estabilidad laboral, el desempleo acompañado por la inseguridad en el empleo, la creciente desprotección social, erosionan los modos en que millones de individuos se ubican e identifican dentro de su medio social. Tal crisis impacta profundamente en la cultura. Se está planteando como problema, en países europeos, la necesidad de restaurar formas de dignidad que estén desvinculadas de los lugares sociales relacionados con el trabajo y la profesión, que tradicionalmente formaron parte de una noción de estabilidad e inclusión que abarca a la vivienda, la familia, el trato con los vecinos, el espacio ocupado en la comunidad[2].

Los modelos económicos preponderantes que caracterizan el mundo actual, impregnados de la ideología neoliberal, no conducen a que el maravilloso desarrollo técnico alcanzado redunde en mejorías manifiestas para la población. El impacto de la tecnología, que acarrea un enorme aumento en la productividad del trabajo y, por lo tanto, abre la posibilidad de producir más y mejores bienes al alcance de un mayor número de personas, no concuerda con la evolución de los mecanismos de distribución social del producto. El avance de la productividad no reduce en términos globales el hambre y las privaciones, no se concreta en nuevas oportunidades de desarrollo humano para un mayor número de personas, no se avecina el «reino de la libertad». Ocurre lo contrario: desemboca en beneficios acumulados por los conglomerados económicos más poderosos y en el auge del nivel de vida de las capas más ricas; para las mayorías implica inseguridad económica y laboral, deterioro en las condiciones de vida y de bienestar, nuevas masas excluidas y al borde del hambre y la desesperación. Los logros de la ciencia y de la técnica, la reducción del tiempo de trabajo necesario para la elaboración de los productos, la automatización, no se traducen, procesados por los modelos económicos predominantes, en reducción de la jornada laboral ni en mejores condiciones de trabajo y de vida, se convierten asombrosamente en aumento del desempleo, en peores condiciones laborales, en mayor inseguridad social, en vulnerabilidad y desamparo, abandono y exclusión para millones de personas en todo el mundo[3].

---

[2] Véase Robert Castel: «De la exclusión como estado a la vulnerabilidad como proceso» en ***Archipiélago*** Nº 21, Madrid, verano 1995, pp. 32-35.

[3] Los avances en el desarrollo de sistemas de producción eficientes no han sido acompañados por adelantos en los sistemas de distribución. Más bien parece haberse involucionado en este aspecto, sobre todo en los últimos años, cuando se hace evidente el triunfo de los países capitalistas en la Guerra Fría. Nada indica que el mercado sea el mejor sistema para coordinar

Este aumento de la sinrazón no es nuevo, arraiga en la lógica del capitalismo que, con todo, encontró en su desarrollo histórico limitaciones sociales que redundaron en nuevos equilibrios, en un avance general en el nivel de los salarios y las condiciones de trabajo y en una moderación de la voracidad ilimitada del capital, que fue impuesta por los movimientos laborales organizados y por el desarrollo mundial de las luchas sociales y políticas; también esta limitación, estos frenos, están vinculados indirectamente con las propias exigencias del modelo productivo, con el propio interés del capital, que necesita mercados en expansión, compradores, demanda efectiva, o sea personas dotadas con poder adquisitivo para completar el circuito de realización del plus-valor. Por consiguiente, la mejoría en la distribución de la riqueza ha contribuido históricamente al aumento de la demanda y al crecimiento general.

La etapa actual que atraviesa el mundo, en la que se inscriben la mentada globalización y la expansión de las políticas neoliberales, está signada por la brusca alteración en los equilibrios del poder económico, político y militar a escala mundial. La cadena de procesos que desembocan en los acontecimientos sintetizados por la caída del Muro de Berlín, desequilibra la escena política y las pujas por el reparto del producto y el poder. Se debilitan los factores que habían dado lugar al rápido desarrollo del Estado de Bienestar en algunos países, al logro de conquistas laborales, de condiciones de trabajo, de formas de protección social. El modelo en vigencia tiende a reducir el papel del Estado, a debilitar los sindicatos, a hacer retroceder las conquistas laborales. Se observa paradojalmente que al mismo tiempo que los logros de la ciencia y la tecnología incrementan la productividad del trabajo, la jornada laboral tiende a alargarse, anulando conquistas obreras en el plano de las condiciones de trabajo que protegían la salud física y mental del trabajador y las condiciones de reproducción de su familia, retrotrayendo este campo a situaciones que estaban en vigencia en el siglo pasado.

El capitalismo se mundializa, avanza hacia zonas del globo que se ofrecen para su expansión o hacia países en que su desarrollo era débil. La caída del Muro simboliza un proceso que ya estaba en marcha y que significa la apertura de inmensos territorios a la expansión del capital; una porción muy importante de la población del planeta ingresa ahora a los juegos del capitalismo: como mercado para sus productos, como fuente de materias primas o como yacimiento de mano de obra barata, también corno «mercados emergentes» para las diversas formas de valorización del capital financiero. En esta etapa, parecería que el capital más concentrado a nivel mundial esta orientado hacia la «digestión» de estos nuevos territorios incorporados a la órbita del capitalismo; la fuga hacia adelante que significa esta expansión territorial permite al gran capital, en su conjunto, desentenderse de las consecuencias negativas que

---

y regular las actividades humanas. Este siglo, como decía Walter Benjamín, no supo responder a las nuevas posibilidades técnicas con un nuevo orden social.

origina en el interior de los mercados nacionales la pérdida de poder adquisitivo por parte de sectores mayoritarios de la población.

El recrudecimiento de las luchas de clases en el interior de los países, manifestada por la ofensiva contra las condiciones de trabajo, la erosión de los salarios, la duración de la jornada laboral, la reducción de los salarios indirectos implicados en la seguridad social, la puja por debilitar la representación obrera en su negociación con el capital (tendencia a sustituir los convenios colectivos de trabajo en favor de las negociaciones por empresa), en resumen: el ciego embate de la avaricia del capital que redunda en un aumento de la explotación, acarrea en lo inmediato un aumento en la tasa de ganancia en las empresas que están en condiciones de beneficiarse con el modelo, y las desventajas en cuanto a capacidad de realización del plusvalor que emanan del debilitamiento del poder adquisitivo en los mercados internos se compensan. para los sectores hegemónicos del capital, con la posibilidad de expandirse hacia nuevas zonas del globo y de concentrarse aún más en aquellos lugares en que están instalados o donde ahora ingresan, con eliminación de la competencia (caso de trasnacionales de la comercialización: hipermercados, cadenas de ***fastfood***, de fabricantes de alimentos envasados, cuya expansión es facilitada por los modelos neoliberales y que redundan en la eliminación de miles de pequeños comercios y reducción de puestos de trabajo).

Se producen entonces, en este periodo, circunstancias políticas que facilitan a ciertos sectores de la economía mundial la obtención de ganancias extraordinarias, su reubicación en el mercado internacional, el avance hacia nuevos territorios y un aumento en la concentración desplazando la Competencia, y ello viene acompañado por una cantidad de discursos en diversos planos de la teoría económica, histórica y social, de la política, de la cultura y de la estética que tienden a naturalizar las ventajas que el capital más concentrado obtiene de la coyuntura. Sin embargo no hay que olvidar, para apreciar y predecir la duración y el equilibrio de esta coyuntura, el peso social y político que pueden llegar a adquirir las masas progresivamente desplazadas del producto social. En todas partes, inclusive en los países más ricos, se observa un número creciente de excluidos de la torta global que son absurda y ciegamente empujados hacia senderos sin salida[4].

[4] Refiriéndose a la gran cantidad de excluidos y a partir de la situación europea actual, dice Robert Castel: «su existencia pone en cuestión la concepción de que la sociedad debe existir como un todo, lo que se llama una nación. Si hay efectivamente gente segregada a la vez de los circuitos sociales de producción, de utilidad y de reconocimiento, se perfila un modelo de sociedad en que sus miembros no están ya vinculados por aquellas relaciones de interdependencia que teorizó Durkheim, por ejemplo, y que permiten que se pueda hablar de una sociedad como un conjunto de semejantes. Tal ***es el*** peligro que comportan los fenómenos de exclusión: el exilio de una parte de la población respecto de la sociedad y la ciudadanía. ***...*** El peligro se sitúa en el riesgo de pudrimiento de las condiciones de la democracia, que se produce a partir de la pulverización de la condición salarial». (Francos Ewald: «Entrevista a Robert Castel» en La ***Ciudad Futura.*** documentos de trabajo, 6/1996, p. 1 l).

2. Entre los procesos sociales y culturales que caracterizan al momento actual, es importante destacar la fuerte conflictividad en el plano nacional y étnico, el recrudecimiento de formas de discriminación, prejuicio y exclusión, fenómenos que no son nuevos pero que adoptan en la actualidad modalidades particulares, observándose que en muchas partes se incrementa la agresión y la violencia y, a 50 años de terminada la Segunda Guerra Mundial, se advierten permanentes violaciones a los derechos humanos[5]. Estos procesos no son nuevos, la historia reciente es un muestrario de luchas y conflictos en los que ocupan un lugar notorio ideologías sustentadas en la raza, la nacionalidad, la religión o la cultura. Toda cultura supone un «nosotros», es la base de identidades sociales. Estas se fundan en los códigos compartidos, o sea en formas simbólicas que permiten clasificar, categorizar, nominar y diferenciar. La identidad social opera por diferencia, todo «nosotros» supone un «otros», en función de rasgos, percepciones y sensibilidades compartidas y una memoria colectiva común, que se hacen más notables frente a otros grupos diferentes, con los cuales la comunicación encuentra obstáculos.

En toda sociedad conviven grupos diferenciados, cuyas identidades sociales se constituyen en torno a diversas variables como ser: sus peculiares formas de percepción, comunicación e interacción, adscripción social y generacional, origen étnico o de clase. La otredad es una condición común, aunque la distancia social y simbólica que nos separa de un «otro» puede ser mayor o menor y variar en su carga afectiva y valorativa. Por ende, el «otro» es condición normal de la convivencia social y base de toda identidad colectiva, pero varía la distancia que nos separa del «otro», el grado de otredad, de extrañeza, y también la carga afectiva y la actitud apreciativa con que nos relacionamos con la otredad social en general, y con determinados otros en particular.

En la no tan lejana época de los imperios coloniales, la dominación y administración de las colonias se justificaba a partir de enunciados ideológicos que notoriamente exaltaban la superioridad del hombre europeo y descalificaban al otro colonizado, desvalorizaban sus costumbres y modos de vivir y no eran infrecuentes los discursos paternalistas que procuraban legitimar la violencia colonial indicando la necesidad de proteger, educar y civilizar al nativo.

La Segunda Guerra Mundial indica el fin de una época, y los horrores cometidos por el nazismo incidieron en una fuerte reacción dirigida hacia la descalificación y rechazo de las modalidades de discriminación imperantes, sobre todo del racismo. La maquinaria montada, destinada ya no solamente a devaluar las culturas «otras» y denigrar a sus portadores, esta vez minuciosamente organizada para la eliminación física de millones de personas, a las cuales un abominable delirio articulado como razón de Estado decidía asesinar para luego procesar e industrializar sus restos, generó en la posguerra una

[5] Véase Rodolfo Stavenhagen: «Racismo y xenofobia en tiempos de la globalización en ***Estudios*** Sociológicos Nº 34, El Colegio de México, México, 1-4/1994.

movilización mundial tendiente a testimoniar y no olvidar lo ocurrido y evitar su repetición. Entre los múltiples textos y manifestaciones de todo tipo que emanaron de la indignación suscitada por la divulgación de las atrocidades del racismo nazi, mencionaremos la célebre obra dirigida por Adorno (***La personalidad autorita***ria), los textos de Lévi-Strauss sobre raza y cultura, y la Declaración Universal de los Derechos Humanos.

En el presente, la internacionalización de los procesos económicos, la importante migración laboral que desde hace varias décadas fluye hacia los países más prósperos, la contradicción entre los imaginarios de homogeneidad cultural que nutren la idea de Estado-nación y la «realidad multicultural, multiétnica, multirracial y multinacional de la mayoría de los países contemporáneos, así como la disolución de las antiguas economías nacionales dentro del marco de la economía global»[6], en un contexto de creciente desempleo, retroceso de conquistas laborales y del nivel de vida, ha generado un estallido de conflictividad e intolerancia: «los antiguos trabajadores ***huéspedes*** (que las economías europeas en expansión necesitaron durante el ***boom*** de la posguerra) se han convertido ahora en «negros», «árabes» «extranjeros» o «indeseables»[7].

Reaparecen viejos modos de estigmatización, dirigidos al extranjero, al pobre, al inmigrante, que arraigan y se nutren de la crisis social[8]. Surgen nuevas formas de racismo: en Europa el discurso racista prospera, pero también en algunas de sus manifestaciones se moderniza y encuentra modalidades sutiles; adopta incluso el lenguaje culto de los antropólogos, habla ahora de las culturas, del mundo de los signos; ya no toma como principales referentes a la herencia y al cuerpo, desacreditados como vehículos apropiados para portar los prejuicios y los estereotipos excluyentes, ahora aparecen también formas de racismo que operan solapadamente en discursos que aluden a la inconmensurabilidad de las culturas e incluso a su derecho a la diferencia[9]. Se trata, desde luego, de alejar de las ciudades europeas a los indeseables, a los africanos, a los árabes, a los turcos, a los pobres y desplazados del mundo, que no cuentan ya con los generosos espacios que en el siglo pasado acogieron a los habitantes de estos mismos países de la Europa blanca, cuando debieron emigrar de a

---

[6] Tomado de Stavenhagen, ***ob. cit.***, p. 11.
[7] Ibíd., p. 14.
[8] En entrevistas a mujeres de sectores populares en Francia, que el autor transcribe, se advierte un fuerte sentimiento de hostilidad basado en ideas prejuiciosas y en estereotipos descalificadores dirigidos hacia la población de origen magrebí. Refiriéndose a los inmigrantes del norte de Africa y a sus hijos una mujer declara: «... Habría que meter a todos en un mismo barco, y una vez en la mitad del mar...». En sus declaraciones mencionan el mal olor, el ruido, la suciedad, vinculados con elementos que hacen alusión a la cultura y al color de la piel: en resumen consideran que la diferencia cultural es irreductible y la convivencia poco deseada. (Tomado de Michel Wieviorka: ***La France Raciste***, du Seuil, París, 1992, p. 9).
[9] «Poblaciones que no poseen nuestra esencia, que tienen normas diferentes, que no comparten nuestras costumbres ni nuestra religión, ellos quieren vivir como en su propio país, y encima imponernos sus modalidades. ¡Eso no es posible!» (ibíd., p. 10).

millones a América o Australia, expulsados por los desequilibrios económicos y demográficos que devenían de la acumulación capitalista[10].

El modelo neoliberal en boga incluye de modo importante la instalación de condiciones económicas, jurídicas, comerciales y culturales para la circulación sin obstáculos de capitales y de mercancías. Los factores de la economía deben fluir con facilidad, moverse ágilmente por los mercados del globo, sin trabas legales ni arancelarias, gozando de seguridad, de información, de protección jurídica. Ello rige para todos los «factores» de la producción menos uno, el más lábil, el más perecedero: la fuerza de trabajo. Los tratados internacionales restringen el movimiento de personas, los obstáculos a su traslado en cuanto fuerza laboral son cada vez mayores. El TIcan o el Mercosur no alientan las migraciones laborales, al contrario, junto con las facilidades comerciales y financieras para la circulación y protección de mercancías y de capitales, se instalan barreras antaño inexistentes a la migración de personas o se refuerzan las medidas represivas y desalentadoras. La lógica económica imperante alienta la migración de capitales, o sea de fábricas y empleos, en busca de bajos salarios, pero apunta a obstruir la migración de trabajadores hacia los países donde se concentra la riqueza y el consumo y donde puede alentarse la esperanza de obtener algún empleo y huir de la pobreza.

Los procesos migratorios están profundamente vinculados con la constitución de «otredades», que se evidencian en el interior de las sociedades y que son propensas a ser identificadas, diferenciadas y estigmatizadas. En nuestro tiempo, como en épocas anteriores a lo largo de este siglo, las migraciones de distinto tipo han nutrido los fenómenos discriminatorios. Y aun en periodos pasados, en siglos precedentes, la diferenciación racial y la persecución de minorías religiosas se entrelazaban con traslados de personas, a veces movilización forzada (como el caso del tráfico de esclavos desde Africa), otras veces traslados voluntarios pero originados en la persecución política y exclusión social que actuaban como factores de expulsión. Casi siempre estuvieron presentes situaciones de pobreza extrema y carencia de horizontes vitales, lo que motivaba a grupos numerosos a migrar en búsqueda de nuevos horizontes.

---

[10] «El trabajo de Martín Barker (1981) sobre el ***New Racism***, publicado en Gran Bretaña, inauguraba, en efecto, una serie de artículos y libros que desarrollaban la imagen de una importante mutación del racismo contemporáneo, y un nuevo vocabulario renovaba tanto el tema del racismo como la acción antirracista. Así, se habló cada vez más de ***neorracismo*** o de ***nuevo racismo***, de ***racismo cultural***, o también de racismo diferencialista, para dar cuenta del auge potencial en todo el mundo de conductas racistas que rompían con categorías mucho más sumarias, heredadas de una época más o menos pasada en la que podían ser patentes el odio y la violencia racistas. De ahora en adelante, en esta perspectiva, el racismo es cada vez más velado (***subtle*** dicen los anglosajones), se desvía por la cultura, ataca a grupos humanos definidos por la nación, la religión, la etnicidad –término cómodo que merecería por si solo una larga crítica–, y ya no pasa explícitamente o directamente por la raza. En esta perspectiva la naturaleza queda encubierta por la cultura, que funciona como atributo de la raza, misma que no necesita ser nombrada, (M. Wieviorka: «Racismo y exclusión» en ***Estudios Sociológicos*** Nº 34, México, 1994, pp. 38-39).

La emigración supone siempre un salto cultural, un desarraigo incurable, una profunda herida en los lazos sociales, culturales y afectivos. Toda migración tiene un costo en cuanto a la capacidad de comunicación, a la forma en que es posible insertarse en un nuevo mundo de signos, de sentidos, de costumbres, de valores. En el mejor de los casos. aun en las trayectorias personales que culminan en el éxito económico o social se desciende, al insertarse en la nueva cultura, algún escalón en el plano comunicacional, en el uso cómodo de la trama compartida de significaciones. Nunca se adquiere la naturalidad y competencia cultural del nativo, siempre perdura la nostalgia del mundo perdido; algo, aunque sea una ligera vacilación en el uso de los códigos, alguna reminiscencia en el tono, en el acento, cuando no inscripta en los gestos o en los rasgos del cuerpo, denuncia siempre la condición de extranjero, de intruso, de alguien cuya legitimidad es cuestionada. Y si bien la migración no agota el universo del racismo y de la discriminación, es –y ha sido– uno de los principales factores de institución social de la condición de «otro» de extraño, de ilegítimo.

3. En el caso de la Argentina, la combinación y sucesión de corrientes migratorias tiene relevancia para comprender su dinámica cultural y las modalidades puestas en evidencia en los sucesivos procesos discriminatorio[11], que en parte aparecen en forma manifiesta, en parte vergonzante, y que se expresan con vigor, aunque de modo diferente, en las distintas prácticas sociales. En un vasto continuo histórico en el cual el recién llegado nunca dejó de ser objeto de discriminación (sea bajo forma de rechazo manifiesto, de críticas y burlas o de postergación y negación de sus derechos), pueden distinguirse algunas épocas: a) cuando comienza a manifestarse en la sociedad y la cultura la presencia de los europeos; b) cuando, ya consolidada la inmigración europea y su predominio en las ciudades, se pone en evidencia la presencia cultural y política de los inmigrantes del interior; y c) un tercer momento, el presente, en que los signos de la discriminación se orientan hacia una suerte de xenofobia sesgada, dirigida sobretodo a los inmigrantes de países limítrofes (bolivianos, paraguayos, chilenos), que en este momento de crisis social y de desempleo intenso son aptos para constituir un imaginario en el que aparecen disputando y desplazando a los argentinos «auténticos» de los escasos empleos, o bien se constituyen en «peligro social» en virtud de los rasgos que los estereotipos discriminatorios les adjudican.

La oposición civilización/barbarie fue utilizada históricamente para exorcizar al «otro» de turno. Lo opuesto de lo civilizado era la barbarie, el bárbaro, que conservaba en su origen etimológico (extranjero, otro) su carácter de opuesto al

[11] Desde luego que las formas de discriminación que se manifiestan en la Argentina (y las observadas en el pasado) no se agotan con las descriptas en este artículo. Son evidentes manifestaciones discriminatorias basadas en el cuerpo, en el género, en la edad, en las preferencias sexuales o en la religión, además del antisemitismo, que presenta características propias.

progreso, a la civilización. La civilización se legitimaba en el progreso y el bienestar colectivo, la barbarie se satanizaba como obstáculo, incultura, estancamiento. La ideología colonialista del siglo pasado se amparaba en su oposición a la barbarie (lo no europeo) y en el imperativo ético de sacarlos de su estancamiento económico, cognitivo y también moral. Se trata de una metáfora que fue utilizada en diferentes contextos; en la Europa del siglo XIX la barbarie encarnó en diferentes actores: en ocasiones la burguesía expresaba en estos términos su temor al proletariado emergente que de diferentes maneras amenazaba el orden establecido (Patria, propiedad, empresa), a los campesinos que entraban en rebeldía, su miedo a las masas y a las multitudes asimilándolos a los salvajes, a los bárbaros, los vándalos. Los mismos términos servían para la expansión colonial. para la expropiación y dominio de naciones distantes que, en ocasiones, poseían tradiciones culturales y civilizatorias superiores. Incluso en la tradición revolucionaria del siglo pasado aparecía la vieja antinomia civilización/barbarie. Engels ***(Origen de la familia, la propiedad privada y el Estado)*** adhiere a la tesis evolucionista de Morgan: salvajismo-barbarie-civilización. Y en alguna literatura marxista, la hipótesis del Progreso se manifiesta en crudos contenidos evolucionistas: el proletariado sustituye a la burguesía como agente del progreso en lucha contra la barbarie[12].

Con la llegada de inmigrantes del interior (un saldo migratorio promedio de 72.000 personas por año entre 1934 y 1943; de 117.000 por año entre 1943 y 1947)[13], comenzaron a alterarse las fronteras reales y simbólicas entre las clases medias y las clases populares, también entre los descendientes de europeos y los nuevos migrantes provincianos. La siguiente cita es sumamente elocuente: «La clase media, a su vez, se halló a sí misma en una zona de frontera con grupos sociales que hasta poco antes había estimado no sólo diferentes sino también socialmente inferiores»[14]. Lo irritativo de esta situación para la clase media, como señala Adolfo Prieto, «debe atribuirse en buena medida al desplazamiento de ingresos y a la consiguiente confusión de símbolos con que se hacen visibles los límites de clase»[15]. La época es percibida por esos sectores medios con temor e inseguridad debido al resquebrajamiento que experimentan sus pautas a causa de la reestructuración socioeconómica... El porteño de clase media se siente vivir en una ciudad que, suya hasta muy poco antes, está ahora invadida por provincianos de tez oscura que se comportan de modo extraño y que se comunican entre sien lenguas, muchas veces, diferentes. Una nota periodística de 1945 da testimonio de esta extrañeza al señalar que los domingos y feriados, en lugares típicos como Plaza Italia o Vuelta de Rocha, más que castellano se oye hablar «quichua o guaraní de Corrientes» ***(Clarín,*** 6/9/45, pp. 10-11).

---

[12] Véase Maristella Svampa: ***El dilema argentino: civilización o barbarie***, El Cielo por Asalto / lmago Mundi, Buenos Aires, 1995, cap. 1.

[13] Gino Germani: «El surgimiento del peronismo: el rol de los obreros y de los migrantes internos» en ***Desarrollo Económico*** Nº 13, Buenos Aires, 1973, p. 435.

[14] Andrés Avellaneda: ***El Habla de la Ideología***, Sudamericana, Buenos Aires, 1983, pp. 32-33.

[15] ***Literatura y Subdesarrollo***, La Biblioteca, Rosario, 1968, p. 65 (v. A. Avellaneda, ob. cit., p. 33.).

El 17 de octubre de 1945 ha quedado como el hito simbólico en que la historia argentina reconoce la irrupción de este nuevo otro, que rápidamente recoge en el viejo molde utilizado para significar la «otredad»: la oposición civilización/ barbarie. Ezequiel Martínez Estrada, aunque enconado adversario del peronismo emergente, señala con lucidez la invisibilidad social y política que hasta ese momento envolvía a grandes sectores de la población (que también formaban parte del «pueblo del himno»): el proletariado antiguo que cargaba con sus resentimientos de clase, y que expresaba la violencia simbólica de que era objeto, que se agregaba a la explotación que sufría y, también, el proletariado reciente, que había comenzado a migrar desde el interior a partir de la crisis de 1930. Los provincianos, mestizos, que poco a poco habían llegado a la ciudad, radicando en las zonas y barrios periféricos y, de pronto, se hacían visibles y amenazantes, también reclamaban su lugar, y todos ellos, obreros antiguos y recientes, serán prontamente instalados, dentro del discurso hegemónico, en el lugar simbólico de la antigua barbarie, telúrica y salvaje («los demonios de la llanura,») siempre presente como ***otro***, peligroso y descalificado, en los relatos instituyentes del orden legítimo[16].

De lo mencionado en el párrafo anterior podría inferirse que existieron diferentes «lecturas» del 17 de Octubre: por una parte la lectura sociológica vinculada con los orígenes del peronismo, que bucea en la composición de los sectores sociales que consolidaron este movimiento político y, además, y sin oponerse a la capacidad explicativa de esas hipótesis[17], podría hablarse también del peso simbólico de las poblaciones incorporadas por las migraciones internas, que se hacen políticamente presentes el 17 de Octubre según los testimonios de la época, e influyen en el imaginario que, acerca del naciente peronismo, se va

[16] «El 17 de octubre Perón volcó en las calles céntricas de Buenos Al res un sedimento social que nadie habría reconocido. Parecía una invasión de gentes de otro país, hablando otro idioma, vistiendo trajes exóticos, y sin embargo eran parte del pueblo argentino, del pueblo del Himno. Porque había ocurrido que, hasta entonces, habíamos vivido extraños a parte de la familia que integraba ese pueblo, ese bajo pueblo, ese miserable pueblo. Lo habían desplazado u olvidado aun los políticos demagogos y Perón tuvo más que la bondad y la inteligencia, la habilidad de sacarlo a la superficie y de exhibirlo sin avergonzarse de él, no en su calidad de pueblo sino en calidad de una fuerza tremenda y agresiva que hacía peligrar los cimientos mismos de una sociedad constituida con sólo una parte del elemento humano... Y aquellos siniestros demonios de la llanura que Sarmiento describió en el Facundo, no habían perecido. Estaban vivos en este instante y aplicados a la misma tarea pero bajo techo, en empresas muchísimo mayores que las de Rosas, Anchorena, Terrero y Urquiza, El 17 de octubre salieron a pedir cuenta de su cautiverio, a exigir un lugar al sol, y aparecieron con sus cuchillos de matarifes en la cintura, amenazando con una San Bartolomé del Barrio Norte. Sentimos escalofríos viéndolos desfilaren una verdadera horda silenciosa con carteles que amenazaban con tomarse una revancha terrible» (E. Martínez Estrada: ***¿Qué es esto? Catilinarias***, Lautaro, Buenos Aires, 1956, pp. 31-32 (cit. en M. Svampa: ob. cit., p. 252).

[17] Véase G. Germani: Política y sociedad en una época de transición, Paidos, Buenos Aires, 1962; Miguel Murmis y Juan Carlos Portantiero: ***Estudios sobre los orígenes del peronismo***, Siglo XXI, Buenos Aires, 1984; Juan Carlos Torre: «La C.G.T. en el 17 de octubre de 1945» y Daniel James: «El 17 y 18 de octubre de 1945: El peronismo, la protesta de masas y la clase obrera argentina»; ambos en J.C. Torre (comp.): ***El 17 de octubre de 1945***, Ariel, Buenos Aires, 1995.

constituyendo en vastos sectores de la clase media urbana. Muchos textos de la época fueron fuertemente influidos por la presencia de estos nuevos actores sociales y por la irrupción de las multitudes que protagonizaron el 17 de octubre: son «lecturas» que utilizan el lugar siempre disponible de la «barbarie» para incorporar al «otro peligroso», diferente, desafiante, amenazador que se incorpora a la escena pública. Esta simbología influyó significativamente en el lugar que la cultura otorgó al peronismo y, asimismo, en la adhesión persistente hacia esa tendencia política por parte de muchos inmigrantes del interior y sus descendientes. Un vocablo impreciso, ***descamisado,*** alude a pobreza, a desposesión, pero también, ambiguamente, a estos nuevos actores despojados desde el cuerpo mismo, de su derecho a la participación legítima. Con frecuencia aparecía en el lenguaje político peronista, sobre todo en los discursos de Perón y de Eva, acompañado de otras palabras, sobre todo «mis queridos grasitas», más alusivos al cuerpo, a la condición de trabajador humilde pero insinuando también al recién llegado, al nuevo habitante venido del interior. Eran vocablos imprecisos, pero los reconocían los inmigrados de las provincias que sentían que con estas palabras eran admitidos en un mundo que percibían como excluyente y hostil.

Junto con las transformaciones concretas ocurridas en esa época en el plano de la legislación laboral y en la distribución del ingreso, hay que tomar en cuenta el plano simbólico y las diferentes lecturas de los discursos y de los acontecimientos que son realizadas por los actores políticos en pugna. Tales lecturas, en muchos casos, están cargadas con un fuerte tinte etnocéntrico, y el peso de lo cultural se hace visible en el plano de lo político. Daniel James[18] pone de relieve aspectos de orden simbólico-cultural que estuvieron presentes en las movilizaciones del 17 y 18 de octubre, que permiten matizar las discusiones y explicaciones predominantes sobre el surgimiento del peronismo. Señala James el componente festivo y transgresor –carnavalesco– que se manifestó en marchas y movilizaciones, destacando el papel de la burla, «la afrenta a los símbolos» atribuidos a los sectores que detentaban la legitimidad en el plano político y cultural, la «iconoclasia laica», expresión con la que el autor intenta describir la emergencia de estos aspectos transgresores que remiten a la murga, al carnaval, al intento de burlar y transgredir los símbolos consagrados de aquello que era vivido como dominador y opresivo en las confrontaciones políticas y de clase. Esta masa que sale a la calle y utiliza formas de expresión no habituales en las manifestaciones obreras, es percibida como la emergencia de una otredad desafiante y agresiva, la invasión de extraños, orilleros, periféricos, la «no ciudad» de los suburbios que irrumpe con su «incultura» en zonas que no solía frecuentar y donde su presencia no resulta grata. Es difícil dilucidar si se trata de obreros nuevos (provincianos) o viejos, o la proporción en que esas categorías participaron en las movilizaciones; destaca James que se trataba de cohortes jóvenes, lo que habla de su ímpetu generacional pero nada dice sobre su origen espacial o cultural.

[18] Ob. cit., 1995, P. 108.

Aunque desde el tema que estamos tratando, como antecedente de la discriminación vigente, lo que importa es esa vivencia de otredad radical que se instala cuando estas masas pobres, suburbanas, díscolas, diferentes, irrumpen en el espacio urbano y ponen en cuestión los símbolos y valores que eran experimentados como indudables por la cultura dominante. Para identificar este otro, hasta entonces ignorado y que súbitamente se hace visible y expresivo, no se dispone de conceptos adecuados, tampoco se pierde mucho tiempo en buscarlos, se trata de restablecer el equilibrio simbólico, de descalificarlos y exorcizarlos, de volver a ubicarlos en su lugar; para ello se recurre rápidamente a analogías con el reino animal («aluvión zoológico»), a motes racistas (los «negros», «cabecitas negras»), o se rescata una vez más la «barbarie», concepto que expresa el antiguo temor a los pobres y despojados, que resurge cuando amenazan rebasar las fronteras simbólicas y espaciales que les han sido impuestas.

4. Las situaciones de prejuicio y rechazo que hoy se observan en Buenos Aires no se centran en grupos diferenciados solamente por una clara identidad étnica. Es verdad que se mencionan rasgos de orden étnico (bolivianos, inmigrantes del interior) y distinciones ubicadas en el plano del cuerpo (como las que dieron lugar al mote de «cabecita»), pero la discriminación se dirige, sobre todo, hacia algo más complejo: a elementos de orden socio-cultural que vinculan tales rasgos con la pobreza y la marginalidad. Se trata de una discriminación no reconocida, vergonzante; ser prejuicioso o racista supone una calificación que nadie admite fácilmente y que hoy no es socialmente valorada. La contraparte de esta discriminación «no reconocida» es la carencia de un discurso social sobre tal discriminación y la débil identidad social de los grupos discriminados. La discriminación no ha unido, y sólo en forma tenue ha servido para constituir o consolidar identidades.

El significante actual de la discriminación: «bolita» (boliviano) o «paragua» (paraguayo), se presenta oportunísticamente para sumar a la discriminación ya existente el rasgo xenofóbico del intruso extranjero que viene a irrumpir en nuestro medio para apropiarse con técnicas dudosas del empleo escaso, o para robar, estafar o corromper; pero este rasgo de extranjeridad no reduce los estereotipos racistas y clasistas que caracterizaban al mote discriminatorio que antecedió al actual: el «cabecita», el mestizo del interior que se pone en evidencia en términos corporales y culturales en la ciudad europea, blanca. El «bolita» actual incluye al «cabecita»; el término que hoy designa despectivamente al extranjero indeseado incluye metonímicamente al santiagueño o al tucumano, hay una elasticidad del significante que no se detiene en fronteras físicas ni conceptuales: el estereotipo discriminatorio se apoya en diferencias manifestadas en el cuerpo, en la condición económica y en la cultura, es xenofobia, racismo y discriminación social a un mismo tiempo, los imaginarios que construye afectan a una gama amplia de personas agrupadas por un juego sociocultural perverso, que ha configurado históricamente la no

inocente coincidencia en el plano del espacio urbano de pobreza estructural, rasgos mestizos y exclusión social y económica.

Evocar estudios realizados en el Brasil puede ayudarnos a conceptualizar los procesos discriminatorios que se advierten en Buenos Aires. Allí la diferencia radica en que es más notoria y evidente la gama de caracteres físicos, proveniente de la fuerte presencia de población de origen africano y de las diferentes mezclas en que también intervienen la población de origen nativo y las migraciones europeas. «En Brasil, los censos clasifican a la población en ***brancos, pretos***, pardos, ***amarelos*** e indígenas. para referirse a europeos, africanos, mestizos, descendientes de japoneses y de indios respectivamente». La idea de racismo, sobre todo la referida a la hostilidad dirigida al color de la piel y en especial la vinculada con las diferentes gamas de la negritud, se constituye en Brasil en el plano de las ciencias sociales tomando como referencia el modelo de racismo norteamericano que mostraba «un patrón de relaciones violento, conflictivo, segregacionista, popularmente conocido como Jim Crow... Los planteos antirracistas enfatizaban, sobretodo, el tema del estatuto legal y formal de la ciudadanía...»[19].

En la Argentina, al igual que en Brasil, la legislación no impone formas evidentes de discriminación; técnicamente todos los ciudadanos son iguales ante la ley, no hay normas formalizadas que impongan la distribución social o espacial o indiquen que algunas clases de habitantes tienen menores derechos. Además el racismo y la discriminación están desprestigiados, nadie se reconoce a sí mismo en esos términos, el discurso –oficial o privado– tiende a negar las prácticas cotidianas, expresadas en mensajes, enunciados y acciones, que de hecho imponen y reproducen modalidades de segregación y rechazo a vastos sectores de la población. El carácter encubierto y vergonzante de los fenómenos discriminatorios tiene su correlato en estrategias de negación y disimulo por parte de los propios discriminados, que no han establecido aún –como ocurre en otras formas de discriminación, por ejemplo las minorías raciales en EEUU– la conciencia de una identidad que los agrupe, sobre la cual edificar formas de autoapreciación y de afirmación social y cultural. No han llegado a transformar «el estigma en emblerna»[20].

En relación con este tema, uno de los aspectos más interesantes es el alto grado de «eufemización» con que se presentan en muchos discursos los contenidos discriminatorios. Esta manifestación enmascarada se hace presente en textos de distinta índole, incluyendo los mensajes massmediáticos. Pero su aspecto más notable –que también obliga a buscar modalidades sutiles para obtener información válida– es la forma en que muchas veces los discriminados registran y expresan la descalificación, los prejuicios y rechazos que reciben. Se advierte un esfuerzo por evitar el registro y la manifestación

[19] Las citas incluidas en este párrafo fueron tomadas de Antonio Sérgio Alfredo Guimaraes: «El mito del anti-racismo en Brasil» en ***Nueva Sociedad*** Nº 144, Caracas, 7-8/1996, p. 33.
[20] Esta frase se inspira en Goffman y Bourdieu y me ha sido sugerida por Marcelo Urresti.

discursiva de que son objeto de discriminación, observándose diversos recursos elusivos y desviatorios.

A pesar de las evidencias, la discriminación es negada. Basta recorrer nuestra ciudad, el área metropolitana de Buenos Aires, para ver cómo la calidad residencial y la jerarquización barrial y espacial se corresponden con la diferenciación étnica. Los periódicos registran cotidianamente situaciones discriminatorias: en las escuelas, en las discotecas, en las cárceles, en el rechazo de los vecinos de diferentes barrios a aceptar el traslado de aquellos que habitan en asentamientos precarios. En los estadios se entonan cánticos de fuerte contenido xenofóbico y racista[21]. La discriminación es negada. Triplemente negada:

a) Se niega ***la existencia del otro***. Múltiples textos hablan de la ciudad europea, de la Buenos Aires blanca, de la homogeneidad de nuestra población. Buenos Aires es considerada una ciudad europea y el «cabecita» el mestizo, el «grone» «carlitos», «bolita», «bolaino», la población mestiza objeto de calificaciones peyorativas es disimulada en su existencia, relegada, invisible.

b) Si la existencia del otro es admitida, ***se lo niega como semejante,*** como perteneciente a la misma especie, a la misma comunidad de derechos. Sé lo relega a condiciones de inferioridad expresadas en adjetivaciones estigmatizadoras, derivadas de la herencia cultural, racial o de clase. Lo subalterno se encuentra insidiosamente fijado en los genes, o en la tradición cultural o de clase y se expresa y vuelve visible en el cuerpo, en el habla, en la conducta o en la vestimenta. Algo denuncia siempre, desde la mirada discriminatoria, esa esencial malignidad que se supone que reposa en el otro, y si nada en los gestos, en la apariencia o en la conducta dejan ver ese mal oculto, se recurre a veces a sutilezas: al olfato, al aura, que en la imaginación del racista le permitirían reconocer inmediatamente al otro rechazado.

c***) La discriminación es negada***, nadie habla de ella. Los episodios que se mencionan cotidianamente en los medios de comunicación no llegan a constituir un texto, una argumentación, un reconocimiento de la existencia sociológica del hecho. Quedan como anécdotas sueltas que nadie reconoce como tendencia histórica.

[21] La « hinchada» del club más popular, Boca Juniors, es denostada por los adictos de su clásico rival, River Plate, con expresiones peyorativas que aluden a su condición de pobres, y a una constelación de características que aúnan características puestas en el cuerpo con presuntos atributos psicológicos y éticos: «Que feo es ser bostero boliviano/ en una villa tiene que vivir/ la vieja revoléa la cartera/ la hermana... Bostero, bostero, bostero/ bostero no pienses más/ andate a vivir a Bolivia/ toda tu familia esta ahí. (Estos cánticos son citados por Carlos Belvedere en «Ese oscuro objeto», ponencia presentada en el 3er. Encuentro de jóvenes investigadores de la cultura, Instituto Gino Germani, noviembre de 1996.)

d). ***Los discriminados niegan la discriminación.*** Eluden la conciencia de ella, o bien la derivan a algún «otro» que ellos mismos discriminan, No asumen la plena conciencia de ser objeto de discriminación, y por ello mismo no existen procesos de reivindicación y de lucha. Tampoco de asunción de identidad como grupo que busca reivindicaciones igualitarias. Se disimula, eufemiza, esquiva la realidad de ser discriminado, como si reconocerlo supondría algo doloroso, tener que luchar contra la descalificación atribuida.

En resumen, se discrimina por negrito, por pobre, por extranjero, por villero. Se desconoce la presencia significativa en la ciudad de la población mestiza, se niega la discriminación y ésta es también negada por aquellos que son sus víctimas.